

CAPÍTULO LIV. *En que se trata de lo que esta armada hizo en este puerto de Monte-Rey, y de cómo se despachó a la almiranta de aviso a la Nueva España, y de la salida de él para el Cabo Mendocino*



DIEZ Y SEIS DE DICIEMBRE DIJIMOS en el fin del capítulo pasado, cómo la armada había entrado en el puerto que se llamó de Monte-Rey (a contemplación del conde de Monte-Rey, virrey de la Nueva España, que era quien los había enviado a este descubrimiento, en nombre de su majestad). Era ya de noche, y el día siguiente mandó el general se sacara recado para que los padres fray Andrés de la Asunción, comisario, y el padre fray Antonio de la Ascensión dijieran misa los días que allí hubiesen de estar. Hízose la iglesia a la sombra de una grande encina, que con algunas de sus ramas llegaba a la mar, y cerca de ella en una barrañquilla, a veinte pasos, había unos pozos en que había agua muy buena, dulce; y tenía la que fue menester para beber la gente de la armada el tiempo que allí se detuvo. Dijose misa del Espíritu Santo, para que Dios diese luz al general y a los del consejo para que allí ordenasen lo que más conviniese al servicio de Nuestro Señor y de su majestad. En el consejo se propuso, después de haber oído misa, acerca de cómo y de qué manera se daría noticia al virrey de la Nueva España de lo que hasta allí, en servicio de su majestad y de su excelencia, se había visto y descubierto, y cómo no se podía acudir al remedio de los muchos enfermos que en las naos venían, que eran tantos que apenas había quien pudiese decir estaba del todo bueno y sano y había muy pocos para acudir a marcar las velas de los navíos. El piloto de la almiranta y su acompañado no podían levantarse de una cama y el piloto mayor y su acompañado de la capitana apenas se podían tener en pie; y sin esto se moría mucha gente de los soldados y marineros y grumetes y pajes, que por lo menos serían ya por todos diez y seis los muertos, cuando a este puerto llegaron. Determinóse en el consejo que la almiranta tornase de aviso y en ella el almirante Toribio Gómez de Corván y el piloto Juan Pascual, y el piloto y maestre Baltasar de Armas, y que en ella se enviasen a la Nueva España todos los enfermos y que se sacase el bastimento que en la almiranta había, quedando con lo que hubiesen menester, con abundancia, los que con él tornasen y que se le darían marineros suficientes para poder llegar con ella al puerto de Acapulco y que la gente, que quedase sana y con fuerzas, se repartiase entre la capitana y fragata.

Luego como se acordó en el consejo lo que queda dicho, mandó el general se pusiese todo por la obra, lo cual, con la brevedad posible, se hizo; y habiendo sacado traslado de todo lo que se había visto y descubierto, por ello se hizo una carta de marcar para enviarla con lo escrito al virrey; y sin esto se le pedía socorro para descubrir la boca de la California, que en

ella estaría aguardándole la capitana y fragata para mediado de el mes de mayo venidero de el año futuro, señalando la cantidad y calidad de lo que sería menester para acabar de descubrir todo lo de la costa de Californias.

En el interin, que las cosas dichas se despachaban, el padre comisario fray Andrés de la Asunción y el padre fray Antonio dieron orden en que toda la gente de la armada, sanos y enfermos, todos confesasen y comulgasen; y habiendo todos ya confesado y recibido el Santísimo Sacramento de la Eucaristía se llevaron a embarcar los enfermos a la almiranta y el padre fray Tomás de Aquino, que era casi el más enfermo de todos; y habiendo despachado el general todo lo que le pareció ser menester para despachar la dicha almiranta, mandó embarcar la gente que había de ir en ella; y así se despachó y despidió, y a 29 de diciembre salió de este puerto la almiranta.

Y porque me pareció no sería fuera de propósito tratar aquí de qué enfermedad fue la que dio en común a la gente de esta armada, quise aquí dar cuenta de ella por ser la misma que comúnmente da en este paraje a los navegantes que vienen de China a la Nueva España, de la cual suelen morir los más de los que en las naos vienen. Corre en esta altura un aire muy delgado y frío que traspasa a los hombres flacos; y entiendo debe traer consigo algo de pestilencia; y si no la trae, con su sutileza y delgadez, la causa en los cuerpos cansados, flacos y molidos, con el trabajo, que hasta allí se padece. Da lo primero de todo un dolor universal de todo el cuerpo y queda tan vidrioso y sensible que cualquier cosa que le toca le causa tanto dolor que si no es a gritos y voces no se puede tener descanso, ni un punto de sosiego; y tras esto se llena todo el cuerpo, y en especial del medio cuerpo abajo, de unas pintas moradas, mayores y más abultadas que granos gruesos de mostaza; y tras éstas se siguen luego unos verdugones de dos dedos de ancho; y más que del mismo humor y color de las pintas dichas se engendran debajo de las corvas de las rodillas que cogen desde medio muslo hasta la rodilla; y éstos son duros como piedras y con esto quedan las piernas envaradas, que no se pueden extender ni encoger un punto más del estado en que el tal accidente cogió las piernas, y con esto quedaban tullidos sin poderse menear ni revolver de una parte a otra, sino con grandes dolores; y estos verdugones, como si fueran manchas de aceite en fino paño, se extienden de suerte que toda la pantorrilla y muslo queda todo morado y cárdeno; y, tras esto, este mal humor se derrama por todo el cuerpo y en especial carga más en las espaldas que en otra parte y con esto da unos terribles dolores de lomos, espaldas y riñones que no dejan mover un miserable cuerpo si no es a costa de dolores y gritos que son tan crueles que todos tuvieran por muy buena suerte el morir antes que padecerlos. Para de tal disposición los cuerpos este mal humor, que estaban como deviesos o nacidos enconados; y era de tal suerte el sentimiento que en su cuerpo estos enfermos tenían, que la ropa que les ponían encima les arrancaba la vida; y como no se podían mover ni revolver a un lado ni a otro, daban voces que las subían al cielo; y si los que tenían salud llegaban a socorrerlos y quererles ayudar, en sentirse llegar a sus cuer-

pos eran los dolores crueles doblados; de suerte que la mayor ayuda que allí se les podía dar era el no ayudarles, ni tocar aun a la ropa de la cama. Y no era sólo esto lo que en estos cuerpos humanos causaba esta enfermedad y pestífero humor, sino que causaba otros accidentes más insufribles que los pasados; y era, que las encías de la boca, altas y bajas, y las de dentro y fuera de los dientes, se hinchaban y crecían tanto, que los dientes y muelas no se podían juntar unos con otros y quedaban los dientes tan descarnados y sin arrimo que en meneando la cabeza se meneaban ellos; y hubo personas que por escupir saliva, que se le venía a la boca, escupían algunos los dientes de dos en dos. Con esto no podían comer si no eran cosas líquidas bebidas, como eran poleadas, hormiguillos, almendradas y otras cosillas que si no eran bebiéndolas, de ninguna otra manera podían entrarlas en sus cuerpos; con esto se enflaquecían de tal suerte los enfermos que faltándoles la virtud natural se quedaban muertos, hablando y conversando con otros; y todos, por la misericordia de nuestro buen Jesús, recibieron los sacramentos de la penitencia y extremaunción, por lo menos cuando no había ocasión de poder darles el viático. Ésta es la enfermedad que tocó a todos y la que llevó de esta vida a los que en este viaje dieron las suyas a su criador y redemptor.

Tornando a tratar del puerto de Monte-Rey, donde la nao capitana y fragata habían quedado solas, haciendo agua y leña, para proseguir su navegación digo que este puerto es muy bueno y de buen reparo para todos los vientos. Tiene mucha leña y abundancia grandísima de muchos pinos, grandes, derechos y lisos, para árboles de navíos y entenas; muchas y muy grandes encinas para fabricar navíos; hay jaras, retamas, rosales de Castilla, zarzas, sauces, álamos, fuentes de agua, lindas lagunas y muy grandes; fertilísimas dehesas y prados para ganados; lindas tierras para sementeras. Hay muchos y muy varios animales muy grandes; hay osos tan grandes que de pie tienen una tercia de largo y un jeme de ancho. Hay otros animales que tienen las patas como bestias mulares, algunos dijeron eran de los que llaman antas; hay otros tan grandes como novillos y la hechura es como de ciervo; el pelo es como de pelicano y largo de una cuarta; el cuello y pescuezo largo; en la cabeza unas aspas muy grandes como de ciervo y la cola de una vara de largo y media de ancho y las patas como de buey, hendidas; hay venados, ciervos, liebres, conejos, gatos monteses; hay abutardas, patos reales, patos, golondrinos, ánsares y gansos; hay tórtolas, tordos, gorriones, sirgueros y cardenales, codornices, perdices, corzales, aguzanieves, grullas y buitres. Hay otros pájaros de hechura de gallinas de las Indias, que son los mayores que se vieron en el viaje, de la una ala a la punta de la otra tenían diez y siete palmos. Hay zarapicos, gaviotas, cuervos y otras muchas aves marítimas. Hay en la mar, en las peñas, muchos almallijones y unas como lapas muy grandes, que las conchas son como de nácar finísimo. Hay ostiones, langostas, cangrejos, burgaos; hay lobos marinos muy grandes y muchas ballenas. Está todo este puerto cercado de rancherías de indios afables y muy dispuestos y amigos de dar lo que tienen. Usan arco y flechas y tienen su modo de gobierno. Éstos sin-

tieron mucho que los españoles se fueran de su tierra. Finalmente, habiéndose visto todas las cosas dichas y previniendo para la navegación las cosas necesarias, el general mandó recoger la gente y que se saliesen de allí a proseguir el viaje; y así salieron la capitana y fragata de este puerto a 3 de enero de 1603 años.

CAPÍTULO LV. *En que se trata de lo que le sucedió a la capitana y fragata, desde que salieron del puerto de Monte-Rey hasta llegar al Cabo de San Sebastián, que es más adelante del Cabo Mendocino*



UEGO, COMO LA NAO CAPITANA Y FRAGATA salieron del puerto de Monte-Rey, en demanda del Cabo Mendocino, les dio un poco de buen viento que les duró hasta el día de los reyes, y con él navegaron hasta pasar más adelante del puerto de San Francisco. Y el día después de los reyes, que fue a 7 de enero, sobrevino el viento norueste algo riguroso, pero podíase sufrir y navegar con él; y entendiendo los de la fragata que no era el viento forzoso para arribar, fue siguiendo su viaje, como la capitana no le había hecho farol, entendiendo iban juntas; porque por ser de noche no se vían y a la mañana, en la capitana, acordó el general volver a entrar en el puerto de San Francisco, entendiendo venía atrás la fragata para aguardarla; y como la fragata iba delante se perdieron de vista, y no se supo de la fragata hasta que en el camino de Acapulco a la ciudad de Mexico, habiendo vuelto del viaje la capitana, se tuvo nuevas de ella. La causa de haber entrado la capitana en el puerto de San Francisco fue por reconocerle y por ver si se hallaba allí rastro de una nao, llamada San Agustín, que en aquel puerto había dado a la costa el año de 1595; la cual, por mandado de su majestad y del virrey de la Nueva España, que era el que entonces la gobernaba, don Luis de Velasco, la había despachado desde Filipinas el gobernador Gómez Pérez das Mariñas, para que hiciera este descubrimiento, de que ahora vamos tratando; habiéndosele encargado el cuidado de que con fidelidad y puntualidad lo hiciera el piloto Sebastián Rodríguez Cermeñón; y estando ya en este puerto esta nao San Agustín, se perdió y dio a la costa con un viento travesía; y entre los que allí venían en aquella ocasión, era uno el piloto mayor Francisco de Bolaños, que lo era de esta armada. Él conoció el paraje y dijo que en tierra había dejado mucha cera y cajones de sedas; y por ver si había algún rastro de algo, quiso el general entrar en él. Surgió esta nao capitana detrás de una punta, que la tierra en el dicho puerto hace, que se llamó la Punta de los Reyes; mas no se echó gente en tierra, por estar con cuidado de la fragata; y así, el día siguiente, tornó esta nao capitana a salir de allí para ir su camino en busca de la fragata. El viento era norueste y escaso, y así era muy poco lo que se navegaba; pero poco a poco, a 12 del mes de enero, domingo